

GORDON W. ALLPORT EN LOS ORÍGENES DE UNA PSICOLOGÍA MORAL BASADA EN RASGOS DE PERSONALIDAD

ESTEBAN PÉREZ-DELGADO
MANUEL MARTÍ VILAR

Universitat de València

RESUMEN

En este trabajo se presenta el posicionamiento del Gordon Allport (1937) frente al situacionismo del *Character Education Inquiry* de Hartshorne y May (1928-1930). Aquel psicólogo americano ofrece una alternativa al conductismo de éstos para explicar la conducta moral basándose en una psicología de los rasgos, es decir, a partir de la constancia que garantizan los rasgos de la personalidad de los sujetos. La cuestión está situada, a nivel general, en el contexto de la polémica entre situacionistas y generalistas de los teóricos de la psicología de la personalidad. Allport opta claramente por la posición generalista frente al situacionismo de corte conductista.

ABSTRACT

This work presents Gordon Allport's (1937) theoretical placement in front of situationism in Hartshorne's and May's (1928-1930) *Character Education Inquiry*. That American Psychologist offers an alternative to behaviorism of these to explain the moral behaviour across a traits psychology, in other words, from the constancy guaranteed in subjects personality traits. In a general level, the problem is placed in the context of situationists and generalists theorists of personality psychology polemic. Allport, clearly, choose a generalistic position in opposite to a behavioral situationism.

PRESENTACIÓN BIOGRÁFICA

Gordon Williard Allport (1897-1967) se doctoró en psicología en la universidad de Harvard en 1922 con Herbart Langfield. Fue editor del *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1937-1949 y presidente de la American Psychological Association en 1939.

En historia de la psicología se le recuerda por sus aportaciones al campo de la teoría de la personalidad. También contribuyó a la metodología para medir la personalidad Allport, creando instrumentos al respecto. Entre otros instrumentos Ascendance-Submission Reaction Study, publicado con Floyd Allport (1928) y the Study of Values (1931) con P. E. Vernon. Este último, basado en los tipos de Eduardo Spranger, ha sido muy usado e investigado.

Como orientación psicológica, Gordon Allport está situado en la tercera fuerza, es decir entre los psicólogos humanistas americanos que rechazaban tanto el conductismo como el psicoanálisis (G. Allport, 1988, 329).

Desde muy joven se siente llamado a aunar la psicología y la ética social. Tarea que configurará, como el mismo reconoce en su autobiografía, su futura carrera profesional (Allport, 1988, 325). Explica que su obra sobre la *Personalidad: Una interpretación psicológica* (1937) está influida por su encuentro con la ética social, con el empirismo norteamericano y con las teorías personalistas alemanas de Stern, etc. (Allport, 1988, 336).

Años más tarde, desencadenada ya la Segunda Guerra, Allport se dedicará a estudiar con Murray la 'moral civil'.

PRESENCIA DE G.W. ALLPORT EN LAS OBRAS DE PSICOLOGÍA MORAL (1890-1950)

La red de psicología moral a la que nos referimos está integrada de 100 trabajos, registrados en el *Psychological Index* (1894-1926) y del *Psychological Abstracts* (1927-1950). En esos 100 trabajos han sido citados un total de 1415 autores, con un rango de citas desde 1 cita a 114 citas. El promedio de citas por autor es de 3.5 y la desviación típica de 6.38 (Pérez-Delgado, 1995, 13-22).

Se entiende aquí por autores eminentes aquellos que son definidos así en escala de A.B.W. De esos autores importantes, los más citados en la red de psicología moral aparecen en la Tabla 1. Entre ellos, como se ve, está G.W. Allport con 31 citas decididas de otros autores de la red de psicología moral y 13 autocitas, lo que en total suma 44 citas.

Haciendo un análisis sociométrico de los datos reflejados en las tablas anteriores, cuyo datos globales son un total de 1415 autores citados con un montante de 4922 citas para el total de la población, resulta que tienen una presencia significativa aquellos autores que han conseguido de 11 citas hacia arriba, entre 3 y 10 citas

representan una frecuencia dentro de la normalidad y de 2 citas hacia abajo es también significativo, pero por razón de menos.

Tabla 1.- Autores clásicos y eminentes para la psicología más citados en la red de bibliografía moral

AUTORES	Nº DE CITAS RECIBIDAS
Ach, N.	20
Allport, G.	(31) 44
Baldwin, J.M.	81
Brentano, F.	27
Downey, J.E.	20
Durkheim, E.	68
Ehrenfels, C. von	21
Freud, S.	20
Hall, G.S.	69
Healy, W.M.	38
Kant, M.	38
McDougall, W.	28
Mill, J.S.	21
Spranger, E.	24
Terman, L.M.	42
Thorndike, E.L.	42
Thurstone, L.L.	42
Wundt, W.	20

Como se ve en la Tabla 2, G.W. Allport aparece también entre los autores más citados, prescindiendo incluso de que se le compare con los autores más eminentes para la psicología (Tabla 1) y habiéndole descontado las autocitas, como se ha hecho también a los otros autores de esta Tabla 2.

La Tabla 3 presenta las obras de G.W. Allport que se han sido citadas en trabajos de psicología moral y que por tanto hace suponer que la aportación psicológica de este psicólogo americano ha resultado de interés para aquellos autores que, desde la psicología, han tratado el tema moral. Como se ve, en total han sido citas 13 escritos de Allport en 31 ocasiones.

Se advierte en la Tabla 3 que las obras de Allport más citadas en nuestra red de bibliografía moral son las que tratan de los rasgos de personalidad, y sólo en cantidad muy inferior las que tratan directamente el tema moral.

Tabla 2.- Autores citados con frecuencia de citas significativa (11 citas o más)

PIAGET, J.	114
HARTSHORNE, H.; MAY, M.	83
HALL, G.S.	69
MAY, M.A.; HARTSHORNE, H.	57
HEALY, W.; FERNALD, G.M.	38
TERMAN, L.M.	35
THORNDIKE, E.L.	34
ALLPORT, G. W.	(44) 31
BALDWIN, J.M.	27
VOELKER, P.F.	25
HARDING, J.	24
THURSTONE, L.L.	24
TREGDOLD, A.F.	24
MILLER, D.C.	22
JAMES, W.	18
CHASSELL, C. F.	17
WUNDT, W.	16
BOVET, P.	15
BURT, C.	14
SHARP, F.	14
SULLY, J.	13
BROTEMARKLE, R.A.	12
FOLSOM, J.K.	12
GALLI, A.	10
LEUBA, J. H.	10

Tabla 3.- Citas recibidas por G.W. Allport de la red de publicaciones de psicología

	AÑO	CITAS
ALLPORT, F.H. & ALLPORT, G.W.	1921	5 Personality Traits; Their Classification and
ALLPORT, G.W.	1921	3 Personality and Character
ALLPORT, G.W.	1927	2 Concepts of Trait and Personality
ALLPORT, G.W.	1928	2 A Test for Ascendance-Submission
ALLPORT, G.W.	1929	2 The Composition of Political Attitudes
ALLPORT, G.W.; VERNON, P.E.	1933	1 Studies in Expressive Movement.
ALLPORT, G.W.	1940	2 Liberalism and the motives of men
ALLPORT, G.W.	1940	2 Motivation in personality: Reply to Mr. Bert
ALLPORT, G.W.	1941	1 Morale: American style.
ALLPORT, G.W.	1943	1 Psychological Factors in National Morale
ALLPORT, G.W.	1945	4 The psychology of participation
ALLPORT, G.W.	1946	4 Geneticism versus ego-structure in theories
ALLPORT, G.W.	1946	2 Effect: a secondary condition of learning
TOTALES		31 13

A CRÍTICA DE ALLPORT (1937) DESDE SU PSICOLOGÍA DE LA PERSONALIDAD A LAS POSICIONES DEL SITUACIONISMO

La posición de Allport sobre este problema psicológico se encuentra reflejada, fundamentalmente, en la crítica que hace de los resultados obtenidos por la *Character Education Inquiry* de Harthorne y May (1928-1930).

Como preámbulo general para entender el posicionamiento de Allport es interesante recordar lo que afirma sobre la psicología wundtiana de los procesos psíquicos superiores. Feger (1981: 9) lo resume así: Allport "expone una argumentación basada en la teoría de Wundt, explicando por qué los procesos mentales superiores no se pueden analizar experimentalmente. En resumen: cuando una persona recibe una sensación a causa de una estimulación del medio ambiente, esa sensación se conecta con otras siguiendo las leyes de la asociación. Las asociaciones que se establecen dependen de la "masa aperceptiva" del individuo, de sus recuerdos y sus ideas. Esa masa aperceptiva misma es en gran parte el producto de la "cultura", de las costumbres verbales, de los conceptos morales e ideológicos que forman el alma popular. Los procesos mentales superiores son demasiado complejos para un acercamiento experimental; sólo los fenómenos que pueden provocarse experimentalmente tienen un nivel tan bajo de complejidad que su descomposición en sensaciones y sentimientos simples puede tener éxito".

Este punto de vista negativo sobre el acercamiento experimental en psicología de los procesos psíquicos superiores está de telón de fondo en la argumentación de Allport cuando analiza los resultados de la C.E.I. Su análisis de la C.E.I. incluye dos puntos: en cuanto a los datos obtenidos por Hartshorne y May y, después, en cuanto a la interpretación que dieron de ellos sus autores desde la orientación de la especificidad de la conducta patrocinada por Thorndike.

Los problemas de la psicología "Estímulo-Respuesta"

Allport señala que la psicología de los elementos estímulo-respuesta no es necesariamente nomotética: sostiene que 'personalidad está compuesta de miles de hábitos independientes y específicos'. No está estipulado si estos hábitos son considerados comunes a todos los individuos o no. Un especificista puede pensar que son comunes; otros, que no lo son. La diferencia no es grande. El punto que ahora está en cuestión es diferente de los que se examinó anteriormente. Pues tanto si piensan que los hábitos son comunes como si los consideran únicos, todos los especificistas por igual pulverizan la personalidad en elementos componentes...

El especificista sostiene, según Allport, que el elemento esencial de la estructura de la personalidad es el hábito y que no existe ninguna organización de nivel superior (tal como lo sugiere el uso ordinario del término rasgo, por ejemplo).

Esta doctrina, virtualmente inexistente en otros países, tiene amplia circulación en Norte América. ¿Por qué? Hay una repuesta histórica: en este país la reacción contra la psicología de las facultades fue particularmente violenta. Especialmente, fueron las enseñanzas de Wiliam James y E.L. Thomdike las que llevaron a una concepción de la conducta que da primacía a los hábitos. Los experimentos perecieron confirmar esas enseñanzas: los niños no mostraron poderes generales de la mente que pudieran ser educados *in toto*. Se descubrió, por ejemplo, que los niños pequeños no podían aprender limpieza si ésta se les enseñaba como principio abstracto, sino que sólo aprendan hábitos definidos de limpieza, tales como limpiarse los dientes, cambiarse la ropa sucia o lavarse detrás de las orejas. Puede ser trabajado inculcar los hábitos de uno en uno, pero sólo de esta forma -según los educadores- puede aprender el niño.

A partir de este principio educacional, a los psicólogos del hábito les resultó fácil llegar a la conclusión de que la personalidad está compuesta de innumerables hábitos específicos. La aceptación de la especificidad también fue facilitada por su concordancia con el conductismo, la teoría prevaleciente entonces en el ethos psicológico americano, con sus circuitos reflejos y su respuesta condicionada, su objetividad, su simplicidad y su carácter práctico.

Como la doctrina de la especificidad sostiene que el individuo hará en cada situación lo que el adiestramiento le ha enseñado a hacer en tal situación y no otra cosa, muchos sociólogos americanos han otorgado igualmente su favor a esta perspectiva, ya que también ellos ponen decididamente el acento en la situación. Si la conducta es determinada por hábitos ligados en forma inflexible a los estímulos del medio, queda entonces abierto el camino para la determinación ecológica y cultural de la personalidad. Un sociólogo que desea 'explicar' la personalidad en términos de causación cultural tiene un trabajo mucho más fácil si se sirve de la simple teoría del hábito que si sigue una doctrina partidaria de elementos más complejos, con predominio de intrincados factores internos y subjetivos (Allport, 1937, 267-268).

Estas son las razones históricas de la doctrina. Pero sus exponentes, devotos del método experimental, requieren pruebas de la especificidad. Al alcance de la mano encuentran bastantes ejemplos de que los hombres no son perfectamente coherentes en sus rasgos. Un hombre puede ser pulcro en su persona y desaseado en su escritorio, santo el Sabath y diabólico los restantes días de la semana, tímido en la oficina y tiránico en su casa. Los elementos son hábitos ligados a estímulos y no rasgos. Pero este tipo de prueba casual tiene un inconveniente y es que hay muchos hechos similares que la contraponen y contradicen. Todos conocemos personas que son casi siempre pulcras, timidas, desprovistas de tacto, cínicas u oficiosas, y predecimos correctamente su comportamiento en situaciones nuevas para las cuales no cuentan con hábitos específicos.

En consecuencia, los especificistas no pueden basar su argumentación meramente sobre la observación corriente. Invocan entonces el experimento. Lo más corriente es que invoquen el monumental estudio 'Character Education Inquiry' dirigido por H. Hartshorne y M.A. May, señala Allport. Escribe textualmente el psicólogo americano: "Esta investigación famosa con justicia por su método ingenioso, su extensión (es probablemente la empresa experimental más amplia que haya sido puesta en práctica en el campo de la personalidad), por su tratamiento adecuado y cuidadoso de los resultados" (Allport, 1937, 268).

Argumentos y precisiones sobre la tesis de la especificidad

Los investigadores pusieron a centenares de niños ante tareas concretas en las cuales tenían oportunidad de reaccionar de manera individual y, de este modo, en los informes sobre el comportamiento de estos niños se pudieron buscar pruebas a favor y en contra de la existencia de supuestos rasgos tales como persistencia, autocontrol, servicialidad o inclinación al trabajo en común o al engaño. La conclusión final que extrajeron Hartshorne y May, dice Allport, fue que este tipo de cualidades son grupos de hábitos específicos más que rasgos generales'.

Allport reconoce que esa imponente investigación es citada tan a menudo como prueba en favor de la posición especificista, que sus resultados e interpretaciones deben ser examinados con cuidado (Allport, 1937, 269). Por eso una revisión personal de tales conclusiones:

1. Nuestro primer descubrimiento es, escribe Allport, que las bajas correlaciones halladas entre los tests empleados prueban sólo que los niños no son coherentes del mismo modo y no que son incoherentes consigo mismos. Este es un descubrimiento extremadamente importante.

Para estudiar la deshonestidad, por ejemplo, se ponía a los niños ante tareas que les ofrecían repetidas oportunidades para engañar, como, por ejemplo, para robar unos centavos, corregir los errores de sus deberes de la escuela, hacer trampa en el juego, mentir sobre sus trampas. Cuando se estudiaron los registros de todo el grupo de niños se encontró que había en ellos escasa tendencia a ser uniformemente honestos o deshonestos en todos los tipos de comportamiento. Por ejemplo, la correlación entre las marcas sobre robo de monedas (que resultó ser por sí mismo un hábito bastante coherente) y las marcas sobre mentiras acerca de las trampas (que por sí mismo era otro hábito más bien coherente) fue sólo de 0,132. Los niños que roban no mienten necesariamente. No hay ningún rasgo común que exista en todos los niños del mismo modo. Pero, en cambio, el hábito de robar monedas puede, en vida de un niño, ser parte integrante del algún rasgo, aun cuando es raro que tenga relación con el hábito de mentir.

Puede ser que el niño A robe monedas a causa de que tiene un rasgo personal coherente con la bravuconería, basado en su admiración por los gansters que conoce

de las revistas y del cine; el niño B roba porque tiene un interés persistente por las herramientas y la mecánica que lo impulsa a comprar más material del que puede conseguir honestamente; el niño C, que sufre de un profundo sentimiento de inferioridad social, roba monedas para conseguir caramelos con los cuales puede comprar la aceptación de sus camaradas. El niño D no roba monedas, pero oriente acerca de sus trampas, no a causa de un rasgo general de deshonestidad sino debido a que tiene un rasgo general de timidez (miedo a las consecuencias); el niño E miente porque tiene miedo a lastimar los sentimientos de la maestra a la que adora; el niño F miente porque desea ardientemente que lo elogien. Cada uno de estos niños se comportó como lo hizo hacia estos tests, no porque tuviera hábitos específicos sino debido a algún rasgo profundo y característico. Todo lo que esta investigación descubrió fue que el rasgo particular de honestidad, tal como es definido en los términos éticos corrientes, probado en diversas situaciones convencionales, demostró no ser una característica que los niños poseyeran en grados individuales constantes, en especial frente a una tendencia quizá más fuerte de cada niño a expresar algún rasgo distinto de la honestidad por medio de la mentira y el robo. Los niños no tenían todos el mismo rasgo, pero tenían sin embargo sus propios rasgos (Allport, 1937, 271).

2. Los investigadores basaron su trabajo en conceptos sociales y éticos. Los métodos usados no fueron concebidos desde el punto de vista de psicología infantil sino desde el punto de vista de la sociedad y sus valores. Nuestra cultura valora positivamente la honradez, la servicialidad y el autocontrol, pero estos valores del código social rara vez corresponden exactamente a la formación de organización mental que se encuentran en los adultos, y menos aún a las disposiciones sin socializar de la niñez.... Según el parecer de Allport, los investigadores confundieron su trabajo desde el comienzo al elegir conceptos caracteriológicos como punto de partida. Un estudio de buenas y malas cualidades no es lo mismo que un estudio de cualidades naturales. El estudio de la personalidad por sí solo bastante difícil, sin que sea necesario complicarlo desde el comienzo con valoraciones éticas (Allport, 1937, 271).

3. Siempre que están involucradas normas éticas, el problema de la edad de los sujetos es de la mayor importancia. Los niños mayores y los adultos aprenden gradualmente a conocer los requerimientos de la moralidad social; llegan a saber qué significa honestidad en su cultura, qué se entiende por servicialidad y por autocontrol. Lo que es más, introyectan en sus vidas estos ideales dominantes y, guiados por estas normas, pueden desarrollar disposiciones integradas que correspondan más o menos a ideales. Este es el proceso de socialización. De acuerdo con el principio de autonomía funcional, estos rasgos adquiridos pueden volverse con el tiempo sumamente dinámicos y ocasionar agudos problemas de conciencia cada vez que sus dictados sean violados. Pero no hay que contar con la presencia de esos rasgos en el niño pequeño. Gran parte del material de esta

investigación demuestra precisamente el desarrollo gradual de esos rasgos con la edad. El niño mayor guía su conducta de acuerdo con el ideal social con mucha más frecuencia que el más pequeño (Allport, 1937, 271).

El material reunido muestra asimismo que los niños aumentan cada vez más su coherencia en cuanto a los ideales sociales positivos, pero no respecto de los vicios o la conducta antisocial (Hartshome, May y Shuttleworth, 1930, 375). En otras palabras, la presión del ambiente lleva gradualmente a una conformidad con el código social y esta conformidad es flexible y generalizada. Sólo el actuar en forma incorrecta es específico. Es justo esta conducta la que previsiblemente debe aparecer en el curso de la socialización normal cuando en la educación se pone el acento sobre los ideales virtuosos y sólo se permiten deslices ocasionales.

4. Toda interpretación de resultados estadísticos complejos siempre involucra cierta arbitrariedad. Al examinar la enorme cantidad de intercorrelaciones entre las marcas de los niños en muchos tests, uno se siente impresionado ante la predominante asociación positiva que se revela en el conjunto. Los coeficientes son bajos, pero, aún así, cabe preguntarse ¿por qué han de ser positivos? Si se consideran las diversas insuficiencias de los métodos empleados y el hecho de que se atendió a la conducta común a toda una población de niños, con exclusión de la conducta característica de cada niño, resulta sorprendente que los resultados hayan sido positivos, aún en pequeño grado. ¿Qué significan estas bajas correlaciones positivas? Algunos investigadores dicen que prueban la especificidad, otros que son muestra de generalidad. Nadie lo sabe, en verdad. Hartshorne y May eligieron 'seguir las pruebas de la especificidad hasta su conclusión lógica' (Hartshorne, May y Shuttleworth, 1930, 364). Esto, frente al hecho (señalado en la misma página) de que 'los veintitrés tests empleados para obtener nuestra marca total del carácter mostraron, por ejemplo, una intercorrelación promedio de 0,30'.

Allport recuerda que Maller (uno de los colaboradores de la investigación) en lugar de deducir de ahí la especificidad, encuentra que este promedio es una prueba adecuada para postular un factor 'e' del carácter que está presente en todo comportamiento, saturándolo con una cualidad general y una fuerza común. El factor 'c' es definido por Maller (1934) como la disposición a pasar por alto una ganancia inmediata para obtener una ganancia lejana pero mayor. La hipótesis de la existencia de un factor general del carácter (¿derivado de los mismos datos!) es evidentemente la completa antítesis de la doctrina de la especificidad, comenta Allport. Esta es una ilustración categórica de que los métodos correlacionales per se no resuelven ningún problema, por la simple razón de que todos los coeficientes (quizás con la excepción de 0 y 1,00) son intrínsecamente ambiguos y necesitan ser valorados (Allport, 1937, 272).

5. Finalmente, el que en la estructura de la personalidad se encuentre especificidad o generalidad depende en gran medida no sólo de la interpretación de las pruebas cuantitativas sino también de los métodos empleados. Emplear

grupos numerosos de niños y una gran cantidad de tests es un procedimiento muy diferente que el de estudiar más intensivamente el comportamiento de menos sujetos a una edad más madura. Es sorprendente comprobar que resultados diferentes produce este último método aplicado al mismo problema de la coherencia de los rasgos de honestidad e inclinación al engaño (Allport, 1937, 272).

*Generalidad de los rasgos frente a la especificidad de la situación:
los datos de D.W. Mackinnon*

Para demostrar como influye el método en los resultados, Allport aduce la prueba de D.W. Mackinnon, que en la Clínica psicológica de Harvard presentó a 93 sujetos una serie de difíciles problemas. En realidad se trata de la tesis doctoral que realizó Mackinnon bajo la dirección de Harry Murray en 1933 en la universidad de Harvard.

Estos resultados contradicen por completo - subraya Allport- la hipótesis de la especificidad. Hay gente honesta, gente deshonesto y gente atípica, honesta en muchos aspectos pero incapaz de resistir a la tentación. Así, la persona que miente en una situación es no solamente probable que mienta en otras situaciones, sino que es altamente probable que engañe, robe, no se sienta culpable, etc.

Los estudiantes graduados de los experimentos de Mackinnon que hicieron trampa en una tarea de solución de problemas copiando, también tendieron a mentir sobre esa conducta e informaron que ellos raramente se sentían culpables cuando percibían la tarea como injusta. Los estudiantes que no hicieron trampa informaron que ellos frecuentemente se sentían culpables, cuando tenían conciencia de transgresión, y que se veían más como incapaces para hacer la tarea que para hacer algo injusto. La conclusión era que esos hallazgos demostraban consistencia en la personalidad y que por tanto era lícito extraer conclusiones sobre las relaciones entre una muestra de conducta honesta y otras medidas relevantes para la investigación. MacKinnon reconoce que no hizo pruebas en diferente género de situaciones, pero argumentaba que los datos obtenidos eran suficientes para apoyar esa interpretación (Murray, 1958, 491-501).

En términos globales esta interpretación estaría en consonancia con la mayoría de las formulaciones psicoanalíticas del superyó basadas en la hipótesis de la identificación.

Un estudio intensivo de este tipo -concluye Allport- lleva al descubrimiento de que en la mayoría de los casos el rasgo de honradez está dotado de generalidad, mientras que el estudio extensivo (estadístico) de la *Investigación sobre la Educación del Carácter* concede el triunfo a la especificidad. Para Allport, Murphy y Jensen tienen quizá razón cuando dicen: la honestidad puede ser una característica general o un conjunto de hábitos específicos; la decisión en uno u otro sentido depende del interés y la orientación del intérprete. Podrían haber agregado y también del método y del individuo particular que se estudie (Allport, 1937, 272-273).

Ya años antes, Gordon Allport (1931) había señalado unos supuestos metodológicos y teóricos que subyacen a la construcción de la escala son los siguientes, que están latentes en la crítica que hace años después a los resultados situacionistas de la *Character Education Inquiry*. Helos aquí:

1) El aislamiento y medida de hábitos, rasgos o capacidades en la personalidad da una imagen incompleta y frecuentemente equivocada. Es evidente que de alguna manera, aunque no se sabe bien cómo, el significado de estos factores singulares depende de la personalidad total.

2) La personalidad total que contiene estos elementos es un sistema único.

3) Si niveles importantes de la personalidad se aproximan, el investigador debe encontrar en una personalidad funciones amplias que son comunes a otras personalidades, estas funciones deben ser universales para proporcionar una base de comparación de una persona con otra.

4) El campo de los valores e intereses parece reunir estos requisitos y constituyen un campo adecuado para construir la escala.

5) Un inventario de algunos de los valores humanos básicos comunes a todos los hombres es un prerrequisito para una escala que intenta medirlos. Una adecuada clasificación de valores previa es fundamental para construir un instrumento de medida.

6) El mejor análisis a priori de los valores que el hombre tiene es, según Vernon y Allport, el de Eduard Spranger. Se basan en su análisis y clasificación para construir su Escala (Vernon y Allport, 1931, 231-232).

Todo ello ha conducido a Allport a mantener una posición firme frente al situacionismo psicológico en moral, que a veces hace pensar si no llega incluso a negar la posibilidad de estudiar empíricamente los fenómenos morales. Su posición en psicología moral no está clara al respecto. Tal vez lo estuviera si se le coloca en la línea de una psicología de los valores, al estilo de Dilthey y de Spranger, que, por otra parte, Allport no veía muy distante de la de Wundt -, en la medida en que el psicólogo americano se adhiere a la teoría de Wundt de que los procesos psíquicos superiores no pueden ser estudiados con técnicas experimentales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALLPORT, G.W., (1937), *Psicología de la personalidad*. Paidós: México, 1 970.
- ALLPORT, G.W., (1988), *La persona en Psicología*. Trillas.
- ALLPORT, G.W., (1951), Modelos científicos y moral humana. En *Actas del primer Congreso Argentino de Psicología*, vol. 1, Ministerio de Educación y Ciencia: Tucumán, pp.355-368. También en *Revista de psicología general y aplicada*, 1948, 3, 425-447.
- ALLPORT, G.W.; SCHMEIDER, G.R. (1943), Morale research and its clearing, *Psychol. Bull.*, 40, 65-68.

- ALLPORT, G.W.; VERNON, P.E. (1930), The field of personality. *Psychol. Bull.*, 27, 677-730.
- ALLPORT, G.W.; VERNON, P.E. (1931), *A study of values*. Houghton Mifflin: Boston.
- ALLPORT, G.W.; VERNON, P.E. (1931), A test for personal values. *J. abn. soc. Psychol.*, XXVI,3, 231-248.
- BURTON, R.V., (1963), Generality of honesty reconsidered. *Psychol. Rev.*, 70, 481-499.
- FEGER, H.(1981), Wilhelm Wundt: fundador de la Psicología empírica. *Revista de Historia de la Psicología*, 1981, 1, 5-18.
- HARTSHORNE, H.; MAY, M. & SHUTTLEWORTH, F.K. (1930), *Studies in the Nature of Character*. Vol. III: *Studies in the Organization of Character*. New York: The MacMillain Company.
- HARTSHORNE, H., MAY, M. y J.B. MALLER, (1929), *Studies in the Nature of Character*. Vol.II: *Studies in Service and Self-Control*. New York: The MacMillam Company.
- HARTSHORNE, H.; MAY, M. (1928), *Studies in the Nature of Character*. Vol. I: *Studies in Deceit*. New York: The MacMillain Company.
- HAU, K.T. (1983), *A cross-cultural study of a moral judgment test (the D.LT.)*. Master Thesis. Hong Kong: Chinese University.
- HAVIGHURST, R.J.& TABA, H., (1972), *Carácter y personalidad del adolescente*. Marova: Madrid.
- MACCOBY, E.E., (1959), The generality of moral behavior. Paper read at *American Psychological Association*. Cincinnati, september.
- MACKINNON, D.W.(1933), *The violation of prohibitions in the solving of problems*. Doctoral Thesis, 1933. Univ. of Harvard.
- MURRAY, H.A. (1958), *Explorations of Personality: Violation of Prohibitions*, pp. 491-501.
- MALLER, J.B., (1934), General and specific factors character. *J. soc. Psychol.*, 5, 97-102.
- PEREZ-DELGADO, E. (1995), *Psicología, ética, religión*. Siglo XXI: Madrid
- VERNON, PH.E.; ALLPORT, G.W. (1931), A test for personal values. *J. abn. soc. Psychol.*, XXVI,3,321-348.